

Larumbe. Textos Aragoneses, 101



Directores de la colección:

Fermín Gil Encabo y Antonio Pérez Lasheras

Comité editorial:

Juan Carlos Ara Torralba, José Domingo Dueñas Lorente,

Jesús Gascón Pérez, José Enrique Laplana Gil,

José Manuel Latorre Ciria, Alberto Montaner Frutos,

Francho Nagore Laín, Alberto del Río Nogueras

y Eliseo Serrano Martín

www.elboomeran

ALBERTO GIL NOVALES

LAS PEQUEÑAS ATLÁNTIDAS



Alberto Gil Novales

Retrato y firma de Alberto Gil Novales

ALBERTO GIL NOVALES

LAS PEQUEÑAS ATLÁNTIDAS
Decadencia y regeneración intelectual
de España en los siglos XVIII y XIX

Edición, introducción y notas de
CARLOS FORCADELL ÁLVAREZ

Larumbe



Textos Aragoneses

Prensas de la Universidad de Zaragoza
Instituto de Estudios Altoaragoneses
Instituto de Estudios Turolenses
Gobierno de Aragón

GIL NOVALES, Alberto

Las pequeñas Atlántidas : decadencia y regeneración intelectual de España en los siglos XVIII y XIX / Alberto Gil Novales ; edición, introducción y notas de Carlos Forcadell Álvarez. — Zaragoza : Prensas de la Universidad de Zaragoza : Gobierno de Aragón ; Huesca : Instituto de Estudios Altoaragoneses ; Teruel : Instituto de Estudios Turoleses, 2019

XXV, 175 p. ; 21 cm. — (Larumbe : Textos Aragoneses ; 101)

ISBN 978-84-17633-82-0

1. España—Civilización—S. XVIII. 2. España—Civilización—S. XIX

FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos

930.85(460)*17/18*

© Herederos de Alberto Gil Novales

© Carlos Forcadell Álvarez

© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social), Instituto de Estudios Altoaragoneses, Instituto de Estudios Turoleses y Gobierno de Aragón
1.ª edición, 2019

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12. 50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@posta.unizar.es <http://puz.unizar.es>

Instituto de Estudios Altoaragoneses (Diputación de Huesca), c/ Parque, 10. 22002 Huesca, España. Apartado postal 53. Tel.: 974 294 120. Fax: 974 294 122
iea@iea.es <http://www.iea.es>

Instituto de Estudios Turoleses (Diputación de Teruel), c/ Amantes, 15, 2.ª planta. 44001 Teruel, España. Tel.: 978 617 860. Fax: 978 617 861
ieturoleses@dpteruel.es <http://www.ieturoleses.org>

Gobierno de Aragón. Edificio Pignatelli, paseo María Agustín, 36. 50071 Zaragoza, España

Diseño de cubierta: José Luis Cano

Foto del autor: Inmaculada Casasnovas

EL JOVEN HISTORIADOR
ANTE UN PASADO NACIONAL
SUMERGIDO BAJO LAS AGUAS
DEL FRANQUISMO

Carlos Forcadell Álvarez

Para justificar la reedición del primer libro publicado, hace sesenta años, por el historiador oscense Alberto Gil Novales (1930-2016) conviene, en primer lugar, evocar e imaginar, al estudiante de bachillerato en Huesca que cursó la carrera de Derecho en Zaragoza y acabó doctorándose en la Universidad Complutense de Madrid con una tesis doctoral sobre *Derecho y revolución en Joaquín Costa* (1964). La vocación intelectual del joven universitario parece tan decidida como temprana, como lo demuestran también sus estancias, como becario, en las universidades de Estrasburgo (1948) y Perugia (1950), cuando eran muy escasos los universitarios españoles que se aireaban por Europa; o su salida más duradera a Europa para ampliar estudios, entre 1958 y 1961, en la Universidad de Saarlandes de Saarbrücken, ciudad fronteriza con la Lorena francesa y capital del Sarre, disputado territorio recién integrado en la República Federal de Alemania (1957).

Este proceso de formación intelectual, además de madrugador, es bastante insólito e infrecuente en estos años de pleno franquismo, anteriores al enmascaramiento de la dictadura que desde 1964 parece sustituir el discurso de la victoria por el de la «paz», el de la Cruzada por el de la «guerra civil», y comienza a ser bendecida como régimen político «autoritario» por los gestores intelectuales de la Guerra Fría, mientras el joven ministro Fraga Iribarne busca y encuentra «nuevos liberales» en la España de Franco.

La maduración cultural, intelectual y profesional de este joven veinteañero es intensa, anticipada, individual; el principal motor de la misma es salir de los muros de la España y de la Universidad franquistas para esperar tiempos mejores, mientras va construyendo su biografía personal y profesional de historiador. Y la mejor muestra de esta precocidad es la edición de su primer libro en 1959, a sus 29 años de edad, compuesto por algunos textos escritos con anterioridad, una publicación que, a la vez que da cuenta de su proceso de formación intelectual, su personal *Bildung*, anuncia sus principales intereses y proyectos profesionales como historiador.

No deja de ser sorprendente la temprana presencia de un desconocido de provincias licenciado en Derecho en la prestigiosa «Biblioteca Breve» de la editorial barcelonesa Seix Barral, una colección de bolsillo adelantada a su tiempo cuyo número 137 fue el titulado *Las pequeñas Atlántidas*, con el que se sumó a un notable y significativo elenco de autores por el que desfilaban T. S. Elliot, Italo Svevo, J. E. Cirlot, Alain Robbe-Grillet, Marguerite Duras, Julián Gállego, Joan Fuster, Castellet, Ferraté, Espriu, Cesare Pavese, Juan Marichal, Jorge Guillén, Luis Goytisolo Max Frisch, Jesús Fernández Santos... Esta colección de libros de bolsillo fue una pionera en su época, tanto por su formato como por un repertorio de temas y autores que se situaba en el límite de lo posible de las condiciones impuestas por la dictadura en estos años. Poco después, según testimonia el editor Gonzalo Pontón, «a principios de aquella década sorprendente» Manuel Sacristán había empezado a colaborar con Ariel y propuso crear la colección Ariel Quincenal: «Tratábamos de remedar con el ensayo la tarea que Javier Pradera estaba llevando a cabo con el “Libro de bolsillo”, de Alianza Editorial. Pocas colecciones han tenido un papel tan importante en la formación de toda generación de estudiantes como esta que sustituyó, en cuanto a educar

en civilización se refiere, a las precarias enseñanzas de las universidades franquistas».¹

Es un momento tan crucial en la autobiografía intelectual del Alberto Gil Novales como escasamente conocido, al que podemos acercarnos con algo de imaginación si interpretamos correctamente su primer libro, publicado en 1959 bajo el ambiguo y literario título de *Las pequeñas Atlántidas*, sugerido, como reconoce el autor y nos recordaba su hermano Ramón en Huesca pocos meses antes de su fallecimiento, por un vecino barcelonés llamado Salvador Espriu. El libro salió en formato de bolsillo en la serie de ensayos de la mítica Biblioteca Breve de Seix Barral. La metáfora de las Atlántidas hacía referencia al «intento de reincorporar una tradición en buena parte olvidada», la de la historia contemporánea, desde los ilustrados a los liberales y revolucionarios del siglo XIX hasta, sin poder enunciarlo aún, los procesos democratizadores del XX, ocultos todos por la historiografía franquista de la victoria; el libro se compone de pequeñas y sugerentes semblanzas biográficas de arbitristas del siglo XVII, ilustrados y liberales del XVIII: Caja de Leruela, José Nicolás de Azara, Félix de Azara, Mor de Fuentes, Isidoro de Antillón, Álvaro Flórez Estrada..., publicadas algunas de ellas anteriormente en *Ínsula*, *Papeles de Son Armadans*, *Cuadernos*

1 G. Pontón, «Tiempo de aprendizaje», *Artes del ensayo: Revista internacional sobre el ensayo hispánico*, 1 (2017), pp. 240-256. Los tres nombres mencionados, Javier Pradera, Gonzalo Pontón y Manuel Sacristán formaban parte destacada de la oposición intelectual al régimen político desde posiciones marxistas y vinculaciones al clandestino Partido Comunista de geometría variable. Los orígenes de «Biblioteca Breve» en las memorias de C. Barral, *Los años sin excusa. Memorias II*, Madrid, Alianza, 1982; concibió transformar una vieja colección «en una biblioteca literaria y humanística más o menos de vanguardia» (p. 31). La editorial, para Barral, «habría de jugar un papel importante en el rearme de la cultura literaria y humanística españolas desmanteladas por el franquismo» (p. 128).

Hispanoamericanos..., en lo que fueron sus primeros ensayos de escritor e historiador veinteaño.²

Para el autor debió significar una buena carta de presentación en la vida cultural del momento; quizá por ello está dedicado «a la memoria de Chitín», una hermana de los Gil Novales tempranamente fallecida de la que conservaron un doloroso recuerdo. Los agradecimientos finales nos pueden iluminar sobre la circunstancia de la publicación en la reconocida colección editorial barcelonesa que ha llegado hasta nuestros días: José María Castellet trabajaba en la editorial y mantenía estrecha relación con Salvador Espriu.³

El tercer agradecimiento se dirige a Eloy Terrón «que me facilitó algunas obras y me orientó con su enorme conocimiento del siglo XIX», lo cual nos introduce en el terreno de la historia y también en la dimensión personal y primera formación política del joven historiador. Eloy Terrón (1919-2002) fue un joven activista republicano y maestro socrático vinculado al Partido Comunista, le dirigió la tesis doctoral Santiago Montero Díaz en 1958 sobre *La importación de la filosofía krausista en España*, parte de la cual quedó integrada en su obra más conocida *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, esa misma España contemporánea que comenzaba a buscar y explorar Alberto Gil Novales por las mismas fechas.⁴ Durante diez años ejerció también la docencia universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras, como profesor ayudante

2 *Las pequeñas Atlántidas. Decadencia y regeneración intelectual de España en los siglos XVIII y XIX*, Barcelona, Seix Barral, 1959, 208 pp. En los agradecimientos menciona a José María Castellet, a Eloy Terrón y a Salvador Espriu, quien «me sugirió el título».

3 J. M. Castellet, *Los escenarios de la memoria*, Barcelona, Anagrama, 1988, especialmente pp. 86-89.

4 E. Terrón, *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Península, 1969. R. Jerez Mir, *In memoriam. Eloy Terrón (1919-2002), un marxista genuino*. <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/280842.pdf>>

de prácticas del profesor Montero Díaz (1955-1958) y como profesor adjunto interino del catedrático de Ética y Sociología, José Luis López Aranguren (1958-1965).

Hay que imaginar al joven estudiante de Derecho que era Alberto en Madrid hacia 1950, sobre todo si se conoce y se advierte, a través de la biografía del Semprún comunista que ha publicado Felipe Nieto,⁵ que el clandestino Federico Sánchez, quien se albergaba en sus clandestinas y madrileñas andanzas en casa de Domingo Dominguín, o de Eloy Terrón, fue enviado por un tiempo a una habitación de la calle Padilla, donde se alojaba Gil Novales, compañero de estudios y de Ateneo de Eloy Terrón, de modo que convivió con Semprún, muy probablemente sin llegar a identificarlo entonces, un Federico Sánchez al que Terrón también puso en contacto con Emilio Lledó y Juan José Carreras, quienes a fines de los cincuenta y principios de los sesenta andaban emigrados por la Universidad alemana, igual que Alberto estaba en Saarbrücken y en los Estados Unidos. Posteriormente, su compañera Elvira me completó la anécdota: Alberto salió un día de la pensión, después de desayunar, a la vez que el incógnito Semprún, que llevaba bajo el brazo un par de libros antiguos. Como atraído por un imán, Alberto se fijó en ellos y le pidió que le dejara ver los libros, que le habían parecido obra de un personaje dieciochesco que le interesaba. Semprún se resistió denodadamente, porque los libros eran solo una identificación para una cita a la que acudía.

Toda biografía personal e intelectual se construye en el marco de una biografía colectiva. Los comienzos de la trayectoria intelectual y política de Alberto Gil Novales, antes de sus treinta años, pasan por el ambiente cultural y editorial de Barcelona y por el mundo universitario madrileño. Ante las

5 F. Nieto, *La aventura comunista de Jorge Semprún*, Barcelona, Tusquets, 2014, pp. 226-227.

escasas posibilidades que ofrecía el mundo académico en la España de 1960, Alberto marchó a los Estados Unidos y obtuvo en 1961 un nombramiento de profesor en Middlebury College (Middlebury, Vermont), donde enseñó historia y literatura española e hispanoamericana hasta su retorno en 1964.

Juan José Carreras (1928-2006), a quien también le había dirigido la tesis doctoral Santiago Montero en la Universidad madrileña de mediados de los años cincuenta, y Emilio Lledó (1927), se habían refugiado unos años antes en la Universidad alemana de Heidelberg. Por tanto, aquí tenemos biografías paralelas de universitarios coetáneos, historiadores, filósofos, que, con vocación y posibilidades de emprender una carrera académica en la Universidad española, optaron en los años cincuenta por salir al exterior para escapar de la difícil alternativa que por entonces ofrecían la política y la Universidad de una dictadura tan férrea como segura en aquel momento, una situación que no dejaba otras opciones que la de resistir o la de adaptarse; su elección fue resistir esperando desde la distancia, Gil Novales hasta su retorno de Vermont en 1964, Emilio Lledó (1927) y Juan José Carreras (1928-2006) hasta su vuelta de Heidelberg hacia 1965, momento en el que iniciaron un proceso de reinserción en la Universidad española.

Emilio Lledó y Juan José Carreras, dos o tres años mayores que Alberto Gil Novales (1930), son compañeros generacionales, de infancias republicanas y de guerra y de unas experiencias universitarias comunes vividas en la España franquista y en la Europa democrática, incluido el retorno a mediados de la década de los sesenta. Como el novelista Juan Benet (1927), quien acertó a plasmar el ambiente social e intelectual del Madrid de su juventud en el extraordinario testimonio *Otoño en Madrid hacia 1950*,⁶ se-

6 Publicado por Alianza Editorial en 1987, reeditado por Visor Libros en 2001, edición por la que se cita, Madrid, 109 pp.

gún el cual jóvenes universitarios e intelectuales españoles partían hacia un exilio que «tenía todavía mucho de político, de última y apenas perceptible secuela de la guerra civil por parte de quienes, sin haber intervenido en ella, no pudieron evitar sus consecuencias y buscaron un clima más habitable que el de la España de 1950»,⁷ lo cual es un buen retrato de grupo, del escenario intelectual y político en el que eligió situarse, desde muy temprano, el doctorando de provincias que llegó a la Facultad de Derecho de la Complutense y que comenzó a construirse como historiador en los años cincuenta madrileños, desde sus veintipocos años.

Conviene retener un hecho no menos determinante para la formación y el ejercicio posterior de su oficio de historiador, como es el de que a su vuelta de los Estados Unidos dio comienzo a su trayectoria académica en la Universidad española como ayudante y adjunto (1966-1972) del profesor Luis García Valdeavellano, discípulo de Claudio Sánchez Albornoz y catedrático en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Madrid desde 1954. Pues en la genealogía, casi arqueología, de la historia económica y social, o, simplemente, en el mantenimiento de la tradición liberal de la historiografía española en la época más oscura de la dictadura franquista, la letra V abre tres destacados apellidos de una misma generación, el propio Valdeavellano (1904), Vicens Vives (1910) y, al otro lado del muro, Pierre Vilar (1906), todos nacidos en la primera década del siglo.

Si nos situamos en el momento histórico en el que se publicó *Las pequeñas Atlántidas*, y en la biografía iniciática de su autor, el libro se comprende en toda su significa-

7 La cita en pp. 63-64. Por el texto benetiano, *cansado de la ficción*, confiesa (p. 15), desfilan las personas y el ambiente que atrajo al joven Alberto Gil Novales en su juventud universitaria madrileña de los años cincuenta: Eloy Terrón, Domingo Dominguín, Emilio Lledó...

ción e intención. Más allá de la potente metáfora del título, que alude a un pasado oculto y reciente de la sociedad y de la nación españolas que precisa ser reconstruido, las semblanzas de personas y obras que componen el texto, extraordinariamente eruditas como propias del infatigable lector que fue Alberto Gil Novales desde su primera juventud, resultan, si nos trasladamos a la época desde hoy, extraordinariamente intencionadas, así desde una perspectiva historiográfica como desde la clara dimensión política que las acompaña, y están escritas, para adecuarse a una colección de vocación literaria, con una clara voluntad de estilo.

Le interesa Francisco Cabarrús porque ya a finales del siglo XVIII se ocupaba de las causas de la decadencia de la monarquía española, «las causas de su atraso respecto a otras naciones y los medios que podrían elevarle a un mayor esplendor», en palabras del financiero español de origen vascofrancés, algo que conviene ser escrito y recordado en las muy visibles condiciones del atraso español en la Europa de la posguerra. El tacitismo político se disfraza de erudición reproduciendo el propio discurso del autor estudiado en términos que no pueden por menos que significar una crítica presentista de las bases políticas de la dictadura franquista: «la libertad civil gime en una mísera esclavitud y los ciudadanos no tienen alguna representación», escribe el autor de las *Cartas al conde de Lerena* y glosa en la década de los cincuenta Gil Novales.⁸

8 Cuando se publicó *Las pequeñas Atlántidas* (1959) era frecuente atribuir a Cabarrús las *Cartas económico-políticas al conde de Lerena*, como hace Gil Novales. Sin embargo, tras el artículo de François Lopez «León de Arroyal, auteur des *Cartas político-económicas al Conde de Lerena*» (*Bulletin hispanique*, LXIV, n.º 1-2, enero-junio 1967, pp. 26-55) se tiene por seguro que fueron escritas por León de Arroyal. De hecho, en 1971 José Miguel Caso publicó con el nombre de León de Arroyal las *Cartas económico-políticas (con la segunda parte inédita)* (Oviedo, Cátedra Feijoo), que se considera la edición canónica de la obra.

La reivindicación historiográfica del pasado del siglo XIX, de sus raíces ilustradas a las culturas y prácticas del liberalismo, tiene una funcionalidad política en la España del momento y en el mundo de la academia y de la Universidad franquistas, de esa, por ejemplo, «tristísima y barbarísima Universidad de Zaragoza» que lleva al liberal monisonense Mor de Fuentes a huir al Seminario de Vergara de «la piara de catedráticos» del lugar, sin que quepa distinguir bien si estas reflexiones corresponden al periodista y escritor liberal exiliado en 1823, en Toulouse, o a la propia experiencia universitaria de Alberto Gil Novales que se reconoce en las de los autores que ha elegido para su escritura. De su admirado Isidoro de Antillón se ve limitado a destacar su dimensión de pionero de la Geografía y su papel en la ciencia española, sin considerar oportuno entrar en el significado de una biografía política que conocía muy bien; pero «víctima de las iras fernandinas, Antillón encarna muy bien esa España esforzada de comienzos del XIX, que se vio de repente sumida en la confusión, la persecución y la guerra [...] es un ejemplo del siglo XIX, siglo al que hemos mirado siempre un poco por encima del hombro, pero cuya historia está en realidad por escribir», como lo está la historia contemporánea en general y un siglo XX del que, a la sazón, no se puede hablar al margen del discurso azul de la victoria.⁹

Leídos hoy estos iniciáticos escritos de historia se tiene la tentación de encontrar en sus referencias a Fernando VII un tácito y bien escondido trasunto del propio dictador Franco y, en 1975, no se le escaparían a Alberto Gil Novales las llamativas analogías festivas que suscitaron el falle-

9 Los alumnos de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la segunda mitad de los años sesenta recordamos que el profesorado del ya Departamento de Historia Contemporánea no pasaba del reinado de Carlos IV, así en su docencia como en su investigación.

cimiento de rey absoluto y del viejo general en amplios sectores de la sociedad madrileña y española.

El foco se dirige a perseguidos por la represión fernandina, como Antillón, o a exiliados como Álvaro Flórez Estrada, de cuya extensa obra política y académica (*Elementos de Economía Política*, 1852) nuestro autor prefiere recordar y comentar los argumentos de la *Representación hecha a su S. M. C. el señor Don Fernando VII en defensa de las Cortes* (1820), en la que Flórez proponía «una amnistía general a todos los llamados *afrancesados*, con restitución de todas sus propiedades secuestradas», declarar nulo todo lo obrado en la ilegal persecución de los liberales, «ofreciendo reparar todos los daños y perjuicios irrogados a tanta víctima inocente», establecer la libertad de imprenta, y «convocar inmediatamente las Cortes o Representantes de la nación» elegidos por las últimas normativas electorales, anteriores a 1814, es decir, un programa liberal para el Ochocientos, pero que se podía entender e interpretar, con las mismas letra y palabras, como una estrategia encubierta para defender políticamente en el presente los incipientes, y callados en el tiempo de silencio, proyectos de liquidación de la dictadura militar y de su excepcionalidad, los programas de democratización del Estado y de la sociedad española.

Y no otro propósito tiene incluir al final del libro una reseña bibliográfica del libro del derrotado y exiliado Vicente Llorens sobre los emigrados españoles en Inglaterra en la segunda etapa de la monarquía fernandina, de quien, en buena medida, Alberto Gil Novales fue, con su obra, el mejor continuador.¹⁰ Al final de esta reivindicación del exilio, así fernandino como franquista, concluye

10 V. Llorens Castillo, *Liberales y románticos*, «La actividad literaria de la emigración española», en la revista *Occidental* de Nueva York (1949), que sería la edición que estaba al alcance de Gil Novales en aquel momento.

que «la historia de España es triste» (con anterioridad a los conocidos versos de Gil de Biedma, que son de 1962): «pero no es decepción y aquietamiento lo que debemos sacar de estas páginas, sino la necesidad de remontar su tremenda verdad».

En cierto sentido *Las pequeñas Atlántidas* es un libro seminal, por cuanto la investigación y la escritura de la historia que va a desplegar con posterioridad su autor van a discurrir por los caminos anunciados en su primera y juvenil obra; constituyeron con el tiempo una monumental aportación a la historia política del siglo XIX y al redescubrimiento de los olvidados actores sociales del liberalismo y de los primeros discursos y prácticas democráticas, un programa que va cumpliendo con rigor y más sistemáticamente desde que consigue entrar en el escalafón de la academia contemporaneísta al obtener plaza de profesor agregado en 1972 en la Universidad Autónoma de Barcelona. En cualquier caso, el lugar que ha acabado ocupando Alberto Gil Novales en la historiografía española queda prefigurado desde su decidido objetivo de sacar del fondo del mar la historia reciente y contemporánea de la sociedad española, recomponiendo el pasado liberal y democrático de la misma. No es casual la coincidencia en el tiempo de la monumental obra de Artola (1923) sobre los orígenes de la historia contemporánea, también de 1959, o los primeros títulos de su más coetáneo Josep Fontana (1931-2018), que armaron la historia contemporánea en España para las décadas siguientes.¹¹

Quiero acabar con una evocación personal de Alberto Gil Novales, a quien conocí a mediados de los años setenta en los nombrados Coloquios de Pau organizados por Manuel Tuñón de Lara, y con quien mantuve relación

11 M. Artola, *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959, 2 vols.; J. Fontana, *La quiebra de la monarquía absoluta*, Barcelona, Ariel, 1971.

profesional, académica y personal hasta su fallecimiento, a lo largo de cuarenta años. Las reflexiones que siguen pretenden ser un testimonio sobre su persona y su trabajo de historiador.¹² Comenzaremos recordando que en septiembre de 1983 se celebró en Huesca un coloquio sobre Joaquín Costa, con presencia de su biógrafo J. G. Cheyne, y fue la ocasión en la que el Archivo Histórico Provincial de Huesca se hiciera depositario de importantes fondos documentales procedentes de una subasta, junto con otros legados por sus familiares grausinos. Alberto, que acabaría donando con gran generosidad su biblioteca personal de más de 17 000 volúmenes al Instituto de Estudios Altoaragoneses de la ciudad en que nació y estudió el bachillerato, intervino con una reflexión sobre «Joaquín Costa y la historia nacional».¹³ Y fue el mismo año, 1983, cuando organizó un coloquio de historiadores hispano-alemanes, junto con el profesor Manfred Kossok, en la Universidad de Leipzig, entonces República Democrática Alemana, al otro lado del telón, una reunión memorable que nos hizo viajar en noviembre a un grupo de españoles entre los que se encontraban Juan José Carreras, Manuel González Portilla, José Ramón Urquijo, Juan Sisinio Pérez Garzón, Juan Trías...; conocer un «país del Este», pisar la tumba de Juan Sebastián Bach en la luterana Thomaskirche, y desesperar con nuestras desapariciones a los desconcertados guías oficiales que teníamos adjudicados cuando nos dividíamos en grupos y hacíamos imposible su control.¹⁴

12 Una versión de las mismas, aquí adaptada y ampliada después de la celebración de un congreso sobre su persona y obra en el IEA de Huesca (febrero 2018), se publicó en el n.º 69, de la revista *Trienio* (mayo 2017), pp. 145-152.

13 *El legado de Costa*, Zaragoza, Guara, 1984.

14 Publicado en *La revolución burguesa en España*, edición e introducción de A. Gil Novales, Universidad Complutense de Madrid, 1985.

Me interesa recordar y subrayar que los historiadores contemporaneístas de la Universidad de Zaragoza le hicimos, por nuestra parte, un homenaje en vida en nuestro IX Congreso de Historia Local de Aragón, que se celebró en la localidad oscense de Aínsa en los primeros días del mes de julio de 2014 en torno al tema «Culturas políticas de la contemporaneidad», dedicando su primera sesión al reconocimiento del profesor Gil Novales, quien pronunció la charla inaugural sobre «La importancia de la historia local».¹⁵

A la hora de preparar aquel IX Congreso en 2014 se pensó en reconocer a la persona de Alberto Gil Novales, así como la importancia y significación de su obra, ocasión oportuna, ya bien cumplida su trayectoria académica, para acompañarlo tanto sus compañeros y colegas como el Instituto de Estudios Altoaragoneses de la Diputación Provincial de Huesca, ciudad en la que pasó una infancia republicana y en cuyo instituto estudió, pues el padre de nuestro historiador oscense fue, precisamente, funcionario de la Diputación Provincial de Huesca. Alberto, a sus 84 años, disfrutó de la compañía y de los paisajes montañoses en los que se encuentran y abrazan los ríos Ara y Cinca bajo el cobijo de la Peña Montañesa: «no estoy acostumbrado a recibir homenajes; me ha parecido sensacional y agradezco mucho el gesto», le diría a un periodista del Sobrarbe. Me parece recordar que el reconocimiento personal y profesional en el paisaje del Sobrarbe le hicieron feliz.

La justificación del IX Congreso de Historia Local reunido en L'Ainsa expresaba un doble motivo, primero rendir homenaje a uno de los historiadores aragoneses de nacimiento más importantes de los últimos cuarenta años, licenciado en Derecho por la Universidad de Zaragoza,

15 La dirección y coordinación de este encuentro corrió a cargo en esta ocasión de los profesores Ignacio Peiró y Pedro Rújula.

doctorado en Madrid con una tesis sobre *La concepción del derecho nacional en Joaquín Costa*, quien inició una larga carrera docente en universidades norteamericanas y españolas hasta alcanzar en 1980 la Cátedra de Historia Contemporánea Universal en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid; en segundo lugar, el Congreso se ponía el objetivo de reflexionar sobre el tema de las «culturas políticas» de la contemporaneidad a través de cuatro ámbitos temáticos, la historia política, la historia de las mujeres, las políticas de la memoria y la historia de la historiografía. Estuvieron presentes, además de los colegas zaragozanos y aragoneses, historiadores e historiadoras de las universidades de Granada (Teresa Ortega), País Vasco (José María Portillo), Rovira y Virgili (Ramón Arnabat), Cantabria (Manuel Suárez Cortina), Stéphane Michonneau de la Casa de Velázquez...

Los homenajes más sinceros y efectivos son los que se hacen en vida, y, desde este presupuesto, podemos manifestar cierto orgullo por el hecho de que dos reconocimientos que Alberto Gil Novales pudo presenciar en sus últimos años fueron promovidos por sus compañeros historiadores de la Universidad de Zaragoza pues, además del mencionado de 2014 en L'Ainsa, en noviembre de 2012, los profesores Ignacio Peiró y Guillermo Vicente definieron como «Homenaje al profesor Alberto Gil Novales» el Congreso Conmemorativo del Bicentenario de la Constitución española de 1812 que organizó el Departamento de Cultura del Gobierno de Aragón sobre «Construir España. Aportaciones aragonesas a la obra legislativa de las Cortes de Cádiz en la formación del Estado nacional». El profesor Peiró expuso una ponencia sobre «Alberto Gil Novales y la historiografía española contemporánea. Una semblanza historiográfica», y el homenajeado impartió la lección inaugural y magistral sobre «El sueño de la Constitución de Cádiz» en el Aula Magna de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza.

Por otra parte, Alberto Gil Novales cumplió sus devociones y deberes profesionales con Joaquín Costa, desde la hora de su tesis doctoral sobre *Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa* (1964), dirigida por Luis Legaz Lacambra en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense, hasta su último libro (2014), pasando por su destacada participación en la empresa de edición crítica de sus obras completas en la que participó destacadamente.¹⁶

Hacia el año 2013 Alberto tuvo el interés y la iniciativa de proponer a la Institución Fernando el Católico la edición de un volumen que recogiera sus textos sobre Costa, mayores y menores, escritos a lo largo de más de medio siglo, y el resultado fue la publicación de una miscelánea muy coherente que le permitió rememorar en la introducción su propia trayectoria intelectual y formación como historiador. Para nosotros es una satisfacción haber publicado lo que acabaría siendo su último libro, iniciado por un artículo que publicó en *Heraldo de Aragón* (1952) a sus 22 años, y finalizado con el texto de su intervención en las Jornadas de Conmemoración del Centenario de la muerte de Joaquín Costa celebradas en la Residencia de Estudiantes en 2011.¹⁷ En la presentación del libro, y contra su carácter y costumbre, nos dejó una discreta autobiografía intelectual desde el estudiante de Derecho en Zaragoza que compraba libros en la librería de López Allué, hasta el becario en el Sarre, desde donde presencié la definitiva reincorporación del territorio a Alemania, pasando por su estancia en el Departamento de Español en la Universidad de Middlebury (Ver-

16 Formó parte del consejo editorial para la edición de las obras completas de Joaquín Costa que presidía Cheyne, y se ocupó de la introducción y edición de *Oligarquía y caciquismo*, Zaragoza, Guara, 1982.

17 A. Gil Novales, *Estudios costistas*, Zaragoza, IFC, 2014, 341 pp. Desde su primer artículo en *Heraldo de Aragón* habían transcurrido sesenta y dos años.

mont) y su reincorporación a la Universidad española a mediados de los años sesenta.

Finalmente, su juicio y opinión fueron determinantes para la publicación, que ya no llegó a ver impresa, de un curioso libro aparecido recientemente en las colecciones de la Institución Fernando el Católico de Zaragoza. Había llegado a nuestro conocimiento la existencia de un raro libro escrito y publicado en inglés en 1825 por un exiliado liberal llamado Valentín de Llanos Gutiérrez.¹⁸ Se trata de una novela histórica romántica al modo y moda de Walter Scott ambientada en el pasado reciente de España desde los días de la guerra de la Independencia hasta el primer periodo del reinado de Fernando VII. Su autor había casado en 1826 con Fanny Keats, hermana de John Keats (1795-1821), uno de los principales poetas británicos del romanticismo. Retornó a España, como tantos liberales transterrados, en 1833, fue secretario de Mendizábal, procurador por Valladolid a las Cortes de 1836, y diputado también por Valladolid a las Constituyentes de 1836-1837.

Era una obra que no había sido traducida y cuya edición nos ofrecía dudas, también por los costes añadidos de su versión al castellano, y sobre la que no era fácil encontrar referencias autorizadas. Una consulta al monumental *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*¹⁹ en el que

18 *Don Esteban or Memoirs of a Spaniard Written by Himself*, con el título, en nuestra edición de *Don Esteban o Memorias de un español escritas por él mismo*, con un estudio introductorio de María José González Dávila (Universidad de Gante) y traducción de Virginia Tabuenca, Zaragoza, IFC, 2016, 431 pp.

19 Publicado en Madrid, Fundación Mapfre, 2010, 3 volúmenes, 3406 pp. *Vid.* sobre el mismo la reseña de Lluís Roura en *Annales historiques de la Révolution française*, 368 (abril-junio de 2012), pp. 202-215, para quien se trata de una obra colosal y una obra de referencia de incalculable valor, que contiene más de 25 000 biografías y resultado de la madurez intelectual de su autor.

Gil Novales había trabajado tantos años y que resume buena parte de su oficio de historiador, nos puso en la pista de la obra y de su autor. Fue, finalmente, la opinión y el informe de Alberto lo que nos decidió a emprender la traducción y la edición del libro:

Querido Carlos: Valentín Llanos es un escritor que se hizo famoso primero en español y después en inglés cuando se fue a vivir a Inglaterra y se casó con una inglesa. Sus temas siempre españoles se difundieron hasta los rincones más remotos. Hubo muchas ediciones, la última que yo sepa del siglo xx. Cualquiera que sea el libro que tienes en las manos merece la pena. Si quieres puedes consultar mi *Diccionario biográfico de España*. Si no lo tienes, dímelo y te mandaré una fotocopia. Un gran abrazo, Alberto.

En estos tiempos digitales el correo electrónico, si se guarda y se localiza, va constituyendo una fuente histórica, muy vicaria e inciertamente sustitutiva de las antiguas correspondencias postales, de modo que este último texto que el mío registra de Alberto Gil Novales es del 1 de octubre de 2015, un año antes de su fallecimiento.